

RODRÍGUEZ DE LA PEÑA, Manuel Alejandro: *Imperios de crueldad. La Antigüedad clásica y la inhumanidad*. Ediciones Encuentro, Madrid, 2022, 607 pp., ISBN: 978-84-1339-102-1.

Raúl González Salinero¹

DOI: <https://doi.org/10.5944/etfi.36.2023.37848>

Nos hallamos ante una obra que pretende desvelar la cara oculta y depravada de la cultura clásica, tan respetada y elogiada a partir de la época de la Ilustración, pero considerada por su autor como una de las más nefastas –es decir, «inmorales»– de la historia de la humanidad. Rodríguez de la Peña focaliza su atención en las numerosas masacres que asoman en las fuentes antiguas, en la omnipresente violencia sexual y familiar, en las aberraciones que, como el sacrificio humano o el «sadismo político», impregnan, en su opinión, la sociedad grecorromana. Ni siquiera el «humanismo socrático» o el que nació del pensamiento estoico –a los que el autor dedica bastantes páginas rebajando subrepticamente su carga compasiva o poniéndolos en relación con otras intenciones espurias– ofrecen consuelo alguno frente a tanta devastación y crueldad.

Recogiendo la larga tradición cristiana contra el paganismo clásico –renacido, al parecer, en nuestra sociedad actual–, el autor de esta monografía no duda en equiparar la moderna sociedad secularizada –es decir, pagana– con la brutalidad más absoluta (p. 19). Desde una postura descaradamente confesional, que incluso se aproxima al añejo espíritu de la Contrarreforma², este libro pretende «dulcificar» la presencia del cristianismo en la Historia Antigua asignándole un papel «amortiguador» de la crueldad innata o «sistémica» (p. 209) –aunque según él culturalmente aceptada– de las civilizaciones clásicas. Afirma que este «libro de historia» está construido a partir de «una determinada mirada antropológica, la del humanismo cristiano» (p. 34). Y así es, pero a costa del moderno método científico aplicado a la historia. Él mismo lo reconoce cuando afirma que su estudio parte «de una perspectiva que trasciende la estricta asepsia científica» (p. 34). Es inconcebible que todavía se defienda la idea de que «la conciencia de culpa individual y la empatía con el sufrimiento ajeno» constituye «el principal legado cristiano en la cultura occidental», superponiéndose, una vez más, al

1. UNED. C. e.: rsalinero@geo.uned.es. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4252-6273>

2. «Debido a una lógica reacción pendular contra una cierta tradición europea de matriz protestante que manoseó hasta la náusea y abusó durante siglos del concepto de iniquidad para justificar su fariseísmo moral, la omnipresencia del sufrimiento en la historia humana tiende a ser ignorado como dato existencial en una infinidad de libros de historia y de filosofía actuales que parten del optimismo antropológico como un dato incuestionable [...]» (p. 36).

acervo escriturario, sometido a una corrección salvífica y trascendental de signo cristiano: «[...] hay que subrayar que la misma tradición bíblica legitimadora de la violencia sagrada generó, a través del cristianismo en el mundo grecorromano, una ‘mutación humanitaria’ en las actitudes hacia las víctimas, hacia el débil y el inerme, hacia la vulnerabilidad en general» (p. 33; cf. pp. 349, 351, 395). Su posicionamiento ideológico aleja al autor del análisis propiamente histórico en la misma medida en que le aproxima a una interpretación moral –y teológica– de la historia: «[...] el sacrificio humano, la esclavitud, la violación, el abuso de niños, la tortura... todo ello forma parte de un absoluto ético: la *iniquidad* sin matices» (p. 35), hasta llegar incluso a un inoportuno alegato contra el ateísmo (p. 395). El problema radica, de nuevo, en el método utilizado en el análisis histórico de todos estos fenómenos sin incurrir en el anacronismo y sin distorsionar su naturaleza dentro de un contexto histórico determinado.

Una gran parte de estas acciones inicuas aparece reflejada en las tradiciones mitológicas (consideradas por el autor como una especie de paradigma cultural que, de alguna forma, derivaba de la realidad histórica) y se produjo en contextos bélicos. Pero debemos tener presente que el más importante axioma de la historiografía antigua fue prestar atención predominantemente a las guerras y a los acontecimientos violentos, desentendiéndose de otros aspectos que, desde nuestra perspectiva metodológica actual, pueden definir mejor una época determinada. El contenido de la información proporcionada por las fuentes inclina frecuentemente nuestra visión de las sociedades antiguas hacia la violencia y la destrucción, magnificadas en muchos casos por la retórica sin la que los autores antiguos no podrían haber seducido a sus lectores. No entraré a analizar aquellos casos de supuesta crueldad que, según los parámetros culturales de la Antigüedad, son más que discutibles. El lector avezado será quien deba descubrirlos. Ahora bien, no puedo dejar pasar por alto que los términos de comparación utilizados por el autor en esta obra están determinados por una ideología cristiana que se pretende ajena a crítica alguna. De ahí que haya ignorado deliberadamente la *Historia criminal del cristianismo* de Karlheinz Deschner³. Asumiendo la imposibilidad de escribir una historia «imparcial» y teniendo presente «el aplastante predominio de las glorificaciones» de la historia del cristianismo (línea en la que se sitúa, sin duda, el libro de Rodríguez de la Peña), el autor alemán sostenía en su introducción general que lo realmente importante es «la cantidad y calidad de las pruebas que aduzcamos para documentar nuestra ‘parcialidad’, si las fuentes utilizadas son relevantes, si el instrumental metodológico, el nivel de argumentación y la capacidad crítica

3. Esta magna obra comenzó a traducirse al castellano por la editorial Martínez Roca en la década de los años noventa del siglo pasado. Su publicación quedó bruscamente interrumpida en 1998 con el volumen noveno –el dedicado al siglo X– cuando dicha editorial fue adquirida por el grupo Planeta. El lector español que no conozca el alemán podrá disponer al menos de la magnífica traducción al italiano llevada a cabo por la editorial Ariele, cuyo tomo sexto –publicado en 2005– ofrece la continuación a partir del siglo XI. En 2013 salió a la luz el último volumen de la serie: *Storia criminale del cristianesimo, X. Il XVIII secolo e uno sguardo sul periodo successivo* (trad. G. Bertocchini), Ariele, Milano, 2013.

son adecuados. Lo decisivo, en fin, es la superioridad palmaria de una ‘parcialidad’ sobre otra»⁴. Estas mismas palabras podría haberlas suscrito el autor de la obra objeto de esta reseña, pero ajustándolas, en este caso, a un discurso contrario, máxime si pretende, como aquél, afirmar que la historia parcial está suficientemente justificada con el único principio de la veracidad de los hechos aducidos a pesar de haber ocultado los contrarios: «Y no me consideraría refutado por haber omitido lo que también era verdadero, sino únicamente cuando alguien demostrase que he escrito algo falso»⁵. El tema tratado en la obra de Rodríguez de la Peña sólo puede ser abordado desde una óptica científica si, precisamente, se tiene en cuenta el contrapeso de los «contrarios» sin devaluarlos (que es lo que sucede sibilamente en la parte III de este libro: «Comasión y humanidad en el mundo clásico», pp. 317-396), como ha demostrado convincentemente Melissa Barden Dowling en su obra *Clemency and Cruelty in the Roman World*, The University of Michigan Press, Ann Arbor, 2006. Si bien es cierto que en la antigua Roma pueden descubrirse innumerables atrocidades (¿qué sociedades históricas están libres de ellas?), debe admitirse con Irene Vallejo que «[...] los descendientes de Rómulo practicaron una política de fusión sin precedentes en la historia universal: consideraban irrelevante la pureza de la estirpe, no se preocupaban demasiado por el color de la piel, liberaban a los esclavos con procedimientos simples y le reconocían al liberto un estatus casi de ciudadano –los hijos de los libertos lo eran de pleno derecho–. No sabemos hasta qué punto era multicultural la población romana, entre otras cosas, porque no se prestaba atención a este asunto; probablemente fue el grupo étnicamente más diverso antes de la época moderna. En Roma no faltaron, por supuesto, quienes clamaban que tantos esclavos acabarían minando las esencias patrióticas, y muchos acusaban a los extranjeros de hacer pocos esfuerzos por integrarse. Pero ni el más recalcitrante de aquellos cascarrabias con ganas de protestar habría entendido nuestros conceptos modernos de ‘inmigrantes ilegales’ o ‘sin papeles’»⁶.

El autor de esta monografía asume la premisa según la cual la crueldad es siempre producto del envejecimiento del ser humano a lo largo de la historia (en este caso, de la Antigüedad clásica). Sin embargo, dicha premisa no siempre se cumplía ni siquiera bajo las condiciones impuestas por un determinado código de comportamiento ético (como tantas veces le gusta mencionar al autor de este libro). Desde los albores de la civilización, la enfermedad, manifestada muy frecuentemente en epidemias devastadoras, ha determinado de forma decisiva el

4. Deschner, K.: *Historia criminal del cristianismo, I. Los orígenes, desde el paleocristianismo hasta el final de la era constantiniana* (trad. J. A. Bravo), Barcelona, Martínez Roca, 1990, p. 35.

5. Deschner: *Historia criminal del cristianismo*, I, p. 45.

6. Vallejo Moreu, Irene: *El infinito en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo*, Madrid, Siruela, 2019, pp. 386-387. Conociendo de sobra los prejuicios que aún se mantienen vivos en los ámbitos académicos, considero oportuno anticiparme –a modo de prolepsis– a cualquier inoportuna recriminación afirmando que no todos los ensayos convertidos en *best sellers* son frívolos, aunque sí muy a menudo objeto de críticas envidiosas y malsanas...

devenir de las sociedades históricas. La variable epidemiológica ha sido frecuentemente descuidada en los relatos que tenían como objeto describir y analizar las sociedades antiguas. Como muy bien ha demostrado recientemente James C. Scott, «existen buenas razones para suponer que una gran parte de los repentinos colapsos de los primeros centros de población pudieron deberse a enfermedades epidémicas devastadoras»⁷. Ya las primeras fuentes escritas reflejan que los pueblos antiguos fueron capaces de identificar el principio de «contagio» que propagaba las enfermedades epidémicas (*Contra el Estado*, p. 100). El rechazo, el confinamiento o la expulsión de la comunidad de quienes, abandonados a su suerte –que en la mayoría de las ocasiones conducía a la muerte en soledad y miseria–, estaban afectados por la enfermedad supuso a veces un acto de crueldad inspirada por la propia supervivencia. El autor del libro *Imperios de crueldad* construye su discurso a partir de un concepto de crueldad estrechamente unido a principios éticos imperantes en nuestra sociedad actual y, más específicamente, en el código moral –no siempre coherente ni racional– propio de la religión cristiana. Si tenemos presente el viejo dicho popular de probable origen medieval, según el cual «por la caridad entró la peste», el afloramiento de la crueldad en momentos críticos en las sociedades antiguas estaría más relacionado con la vulnerabilidad de una época en la que no se contaba ni con los medios materiales ni con el desarrollo de códigos de comportamiento de las sociedades post-ilustradas. La seguridad –aunque en muchas ocasiones sea falsa– que tenemos en la actual sociedad occidental ante los peligros de la enfermedad, el hambre, la dominación por la fuerza, ha generado una ideología muy alejada del mundo antiguo, sometido a la agresión, a la enfermedad, a la mortalidad infantil, a la corta esperanza de vida, a todo un universo de contingencias sobre las que no se podía ejercer dominio alguno. La respuesta a todas estas adversidades era muy a menudo la crueldad –según nuestras categorías mentales– o la necesidad más imperiosa –según las suyas–. Entonces la ley del más fuerte regía las relaciones de una comunidad que desconocía otros mecanismos organizativos y defensivos.

Una de las principales tesis sostenidas por el autor de esta obra es que los totalitarismos del siglo XX desarrollaron su ideología criminal tomando como referencia cultural la crueldad desarrollada por las civilizaciones de la Antigüedad clásica –cuyo alcance fue amplificado hasta extremos inconcebibles de inhumanidad–, sirviendo el cristianismo como bálsamo corrector de esa barbarie. Como antecedente inmediato, presenta las atrocidades cometidas durante la Revolución francesa y el imperio napoleónico, pero, más allá de describir los horrores y crímenes perpetrados en esas épocas convulsas, es incapaz de demostrar su vinculación directa con la supuesta influencia ejercida por la cultura clásica

7. Scott, James C.: *Contra el Estado. Una historia de las civilizaciones del Próximo Oriente antiguo* (trad. A. de Cabo de la Vega, J. Riello y R. Dorado Puntch), Madrid, Trotta, 2022 (orig. Cambridge, MA, 2017), p. 98.

(pp. 456-495). La última parte del libro lleva por título «El retorno de la Antigüedad y los imperios de crueldad de la modernidad» (pp. 397-547), donde se advierte sobre «los peligros de la obsesión contemporánea con la Antigüedad clásica» (pp. 417-436), unos peligros que nacieron, según él, con la recuperación del legado del mundo antiguo a partir de la época de la Ilustración. En su opinión, tanto los perversos efectos del colonialismo como las atrocidades del Tercer Reich –«el último de los imperios masacradores» (pp. 534-547)–, debieron mucho a dicho legado, a pesar de que al mismo tiempo advierta que «no se trata aquí de establecer una correlación entre emulación de la Antigüedad clásica y la violencia política extrema o la crueldad social [...]», reconociendo que «el furor homicida bolchevique, absolutamente desprovisto de referencias clasicistas, es buena prueba de ello» (p. 544). De hecho, el autor parece haber encontrado la razón profunda de esa inmensa crueldad: todas esas «abominaciones tienen en común la sistemática denostación de la tradición cristiana y de su legado de humanidad y espiritualidad» (p. 29; cf. p. 445). Es más, no tiene reparos en afirmar que «la descristianización intensiva de las élites intelectuales del mundo occidental en los siglos XVIII y XIX tendría consecuencias fatales. El sueño de una razón ajena u hostil al hecho religioso engendraría monstruos tales como el terrorismo jacobino, el bolchevismo o el nacionalsocialismo» (p. 396). Sin embargo, ignora (¿deliberadamente?) que los ideólogos nazis tomaron como modelo precisamente los orígenes del cristianismo y acudieron con frecuencia a la primera literatura cristiana para justificar y fundamentar su programa de exterminio de los judíos. Desde los pioneros trabajos de Jules Isaac, parece que nadie duda ya de que el antisemitismo nació del antijudaísmo cristiano desplegado de forma casi obsesiva por los apologistas y los padres de la Iglesia⁸.

El movimiento cristiano alemán pro-Nazi *Deutsche Christen* defendió un antijudaísmo a ultranza pasado por el filtro luterano⁹ cuyo objetivo principal era la erradicación de los orígenes judíos del cristianismo, para lo cual resultó esencial asumir los principios ideológicos de época patristica, especialmente de Agustín de Hipona¹⁰. La represión antijudía desarrollada durante el Imperio cristiano (siglos IV-V) se basó en la ley del más fuerte mencionada hace dos párrafos. Fue la «Iglesia» la institución que entonces se movía en los aledaños del poder imperial, no la «Sinagoga». El pensamiento de ciertos obispos y teólogos protestantes –pertenecientes o no a la *Deutsche Evangelische Kirche*– como el prof. Wolf Meyer-Erlach¹¹, Albrecht Ritschl, Hans-Georg Schroth o Martin Sasse, encontró su prolongación o concomitancia

8. A modo de introducción, *vid.* la obra clásica de Isaac, Jules: *Las raíces cristianas del antisemitismo. La enseñanza del desprecio* (trad. R. Warschaver), Buenos Aires, Paidós, 1966 (orig. Paris, 1962).

9. Probst, Chr. J.: *Demonizing the Jew: Luther and the Protestant Church in Nazi Germany*, Bloomington, Indian University Press/United Holocaust Memorial Museum, 2012.

10. Bergen, D.: *Twisted Cross. The German Christian Movement in the Third Reich*, University of North Carolina Press, Chapel Hill (NC), 1996.

11. Probst, Chr. J.: «'An Incessant Army of Demons': Wolf Meyer-Erlach, Luther, and «the Jews» in Nazi Germany», *Holocaust and Genocide Studies*, 23 (2009), pp. 441-460.

en ideólogos nazis como Alfred Rosenberg, Otto Dibelius, Johannes Leipoldt y el prof. Gerhard Kittel¹². Este último «attempted to find evidence that Jews had shown themselves already during the period of the Roman Empire to have all the noxious characteristics Nazis attributed to them in the modern age»¹³. La visión nazi de los orígenes del cristianismo fue determinante para «vestir» ideológicamente a su posicionamiento antisemita. Según R. Michael, «Nazi pamphlets urged all Christians to join the party in order to conclude the bimillennial Christian Crusade against the Jews»¹⁴. El desarrollo de la exégesis antijudía en la literatura patristica –«maravillosa síntesis entre platonismo y cristianismo», según nuestro autor (p. 29)– constituía una auténtica «mina» para el antisemitismo nazi. En palabras una vez más de R. Michael, «Church Father Cyprian's assertion the 'The Bible itself says that the Jews are an accursed people... the devil is the father of the Jews' became in 1936 the masthead of Streicher's *Der Stürmer*–Hitler's favourite reading. In 1935, his speech to the Hitler Youth could have been delivered by most of the Church Fathers *mutatis mutandis*, without compunction»¹⁵. Julius Streicher, católico declarado al igual que Josef Goebbels y director del periódico *Der Stürmer*, vio en el cristianismo «uno de los más grandes movimientos antijudíos», sosteniendo que en el grupo formado por Jesús y sus discípulos, el único realmente judío era Judas. De hecho, no era infrecuente que, en sus discursos multitudinarios, el propio Hitler hiciera referencia a los sermones antijudíos de Juan Crisóstomo o a los virulentos escritos contra los judíos de Martin Lutero¹⁶.

La visión sesgada que Rodríguez de la Peña presenta del mundo antiguo supone una manipulación apologética absolutamente ajena a la ciencia histórica moderna. Sitúa de forma solapada a la doctrina cristiana en la base del «fin de la esclavitud, del sacrificio humano o de la tortura judicial» (p. 38). Y, sin embargo, ninguno de esos fenómenos desapareció con el cristianismo. El autor se muestra especialmente incisivo con la esclavitud, tanto en Grecia (pp. 122-140) como en Roma (pp. 266-292), pero no va más allá de la obviedad que supone la constatación de su existencia en unas sociedades que, por definición, eran intrínsecamente esclavistas y a las que el cristianismo no era ni podía ser ajeno. Es evidente que al autor de este libro no le interesa traer a colación el auténtico pensamiento de Pablo sobre la esclavitud (por ejemplo *1 Cor* 7, 17-24; *Rm* 13, 1-7; *Ef* 6, 5 y 7, 8; *Tt* 2, 9-10...), salvo para afirmar que en su fuero interno sólo era admisible la del alma (p. 382), ni ahondar en la ideología, igualmente esclavista, que la historiografía

12. Ericksen, R. P.: *Complicity in Holocaust: Churches and Universities in Nazi Germany*, New York, Cambridge University Press, 2012, pp. 24-47. Cf. Steigmann-Gall, Richard: *El Reich sagrado. Concepciones nazis sobre el cristianismo, 1919-1945* (trad. R. Vázquez Ramil), Madrid, Akal, 2007 (orig. Cambridge, 2003), pp. 46-60.

13. Ericksen, R. P.: *Complicity...*, p. 133.

14. Michael, R.: *Holy Hatred: Christianity, Antisemitism, and the Holocaust*, New York, Palgrave Macmillan, 2006, p. 174.

15. Michael, R.: *Holy Hatred...*, p. 174. Cf. Heer, F.: *God's First Love. Christians and Jews over Two Thousand Years*, London, Phoenix Giants, 1999 (orig. Weidenfeld & Nicolson, London, 1967), p. 476, n. 276 y los *Documentos de Nuremberg: Serie Azul*, 12, p. 318, del 29 de abril de 1946.

16. Michael, R.: *Holy Hatred...*, pp. 174-175.

moderna ha desvelado en el seno del cristianismo antiguo¹⁷. Es innegable que, por ejemplo, el trabajo esclavo en las minas de Laurión resultaba especialmente penoso, entre otras razones, por «el escaso desarrollo de la tecnología minera» y por las nefastas e insalubres condiciones en las que los esclavos eran obligados a trabajar (p. 135). Pero, ¿acaso esas deplorables condiciones en la minería constituían un signo distintivo y exclusivo del mundo clásico? De igual forma, su interpretación moralizante del aborto en el mundo grecorromano conforme a la doctrina cristiana se superpone al análisis propiamente histórico (no hay que olvidar que el autor insiste en la idea de que este es un libro de historia). Mostrando abiertamente su posicionamiento ideológico y desarraigando esta práctica –equivalente para él al «infanticidio»– de todo contexto histórico, la considera de forma invariable como un acto de inhumanidad propio de una sociedad cuyo desarrollo parece haber sido ínfimo a pesar de estar sometida –especialmente la romana– a un sofisticado y complejo sistema jurídico desprovisto, no obstante, de «los escrúpulos morales y religiosos en relación con el asunto que –citando a L. Van Hook– influyeron en los cristianos y judíos» (p. 161). Su insistencia en el hecho de que el *nasciturus* carecía de personalidad jurídica en el Derecho romano supone para él un rasgo manifiesto del dominio de la criminalidad en el mundo clásico (p. 309).

En su pretensión de ensalzar las «virtudes» del cristianismo frente al legado clásico, Rodríguez de la Peña llega incluso a afirmar que el reconocimiento de la cultura humanística desarrollada en el mundo grecorromano gracias a la omisión de su lado oscuro «ha tergiversado el juicio histórico sobre el inmenso progreso que supuso la llegada del cristianismo» (p. 41). Si la principal intención de Rodríguez de la Peña era desarrollar una defensa de la «benéfica» doctrina cristiana a costa de «arruinar» la reputación de la herencia clásica, tildando a ésta de cruel y brutal, no parece haber obtenido resultados muy convincentes, como tampoco resulta creíble su elogio de la humanidad presente en la tradición bíblica (p. 395) o el «concepto ético de amor» asentado «en el antiguo Israel de los profetas» (p. 349; cf. p. 351). No se atisba aquí ni una sola insinuación a los innumerables crímenes que conforman los libros del llamado «Antiguo Testamento» (Deschner, *op. cit.*, I, pp. 59-91). El mejor servicio que podría haber ofrecido a su decidida apología del cristianismo habría sido guardar silencio acerca de la supuesta labor dulcificante desempeñada por la Iglesia en el desarrollo de la llamada civilización occidental (basta con leer siquiera superficialmente la mencionada obra de Karlheinz Deschner para percatarse de la imposibilidad de admitir esta presunción: pogromos antijudíos, persecuciones

17. Sobre el particular, *vid.*, entre otros, Glancy, Jennifer A.: *Slavery in Early Christianity*, Oxford, Oxford University Press, 2002; Harrill, J. Albert: *Slaves in the New Testament: Literary, Social, and Moral Dimensions*, Minneapolis, Fortress Press, 2006; Bevegni, Cl.: «Cristianesimo e schiavitù. A proposito di un recente saggio sulla Lettera a Filemone di Paolo», *Athenaeum*, 90 (2010), pp. 239-244; de Wet, Chris L.: *Preaching Bondage. John Chrysostom and the Discourse of Slavery in Early Christianity*, Oakland, University of California Press, 2015. Según Kyle Harper (*Slavery in the Late Roman World, AD 275-425*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011, p. 51), «[...] The normal audience of a Christian sermon, from Antioch to Hippo to Amasea, understood slaveownership as an ordinary feature of existence [...]».

de herejes, destrucción inmisericorde del paganismo, violencia frenética de los monjes, deshumanizante represión sexual...). Y, sin embargo, el autor anuncia otro libro sobre el papel ético del cristianismo y el islam en relación a la violencia sistemática de las civilizaciones del mundo medieval, y en el cual someteremos al mismo análisis las estructuras de crueldad y compasión aquí realizado para la Antigüedad clásica» (p. 19). ¡Ya sabemos qué nos vamos a encontrar!